

DISCURSO DEL DR. IGNACIO CHAVEZ PRONUNCIADO EN LA INAUGURACION DE LA NUEVA SEDE DE LA ACADEMIA DE MEDICINA EN EL CENTRO MEDICO NACIONAL*

HE ACEPTADO con viva complacencia la invitación que se sirvió hacerme el señor Presidente de la Academia Nacional de Medicina, doctor don Ismael Cosío Villegas, para dirigir a ustedes unas palabras en esta ocasión, que será memorable en la historia de la Academia.

Hoy celebramos, en efecto, nuestra primera sesión en esta nueva sede, que nos ha sido generosamente concedida. Se cierra esta noche el largo ciclo de deseos, de proyectos ambiciosos y de oscuro trabajo que vivió nuestra Academia en los últimos años, para contar con un recinto noble, decoroso y apropiado a la alta función que desempeña.

Hace cinco años, en 1956, el Gobierno de la nación, presidido por el señor don Adolfo Ruiz Cortines, acogió generosamente la petición que le hicimos dotar a la Academia de un recinto propio, a la altura de su misión. El Secretario de Salubridad y Asistencia, Dr. don Ignacio Morones Prieto, puso en la realización del proyecto su más recio y decidido empeño y fue el motor eficaz de esta obra. El tiempo luchó en su contra. El régimen presidencial llegó a su término sin que aquélla estuviese terminada.

Afortunadamente, el régimen actual que preside el señor Lic. don Adolfo López Mateos llegó animado de la misma elevada comprensión. El Secretario de Salubridad y Asistencia, Dr. don José Alvarez Amézquita, convencido de su bondad, prosiguió la obra con igual ardor. Estaba casi a punto de concluirla, cuando el edificio pasó a manos del Instituto Mexicano del Seguro Social, hace unos cuantos meses. Pero quiso nuestra fortuna que nada cambiara en lo que a la Academia se refiere. La misma profunda comprensión, el mismo impulso generoso llevaron al Director General del Instituto, Lic. don Benito Coquet y

* Leído en la sesión del 5 de julio de 1961.

a su Consejo de Administración, a concedernos este recinto, noblemente, desinteresadamente, para que la Academia Nacional de Medicina viva con amplitud su vida de trabajo en beneficio del país.

Este es un raro caso de continuidad en los propósitos y de unidad de visión, pese a los cambios de manos dirigentes. En vez de reservas o regateos, hemos presenciado una noble carrera de emulación, prueba de que México ha superado, en muchos de sus problemas, las resistencias y las obstrucciones que eran frecuentes antaño. Hoy hemos comprobado que el criterio es otro; lo que conviene a México, lo que lo eleva, lo que lo beneficia, es lo que interesa a todos. Que lo realice uno o lo realicen varios, en sucesión, eso no importa. El hombre solo o el equipo se despersonalizan y no son sino una misma ansia de progreso, la representación de México en marcha.

Nosotros, los beneficiarios inmediatos, la Academia Nacional de Medicina, no podemos menos que sentirnos orgullosos. Agradecidos profundamente, sin duda, pero orgullosos también. Es que vemos en este gesto de apoyo que se nos brinda, la prueba de la estima en que se tiene a nuestra Corporación; mejor todavía, la prueba del interés que se tiene por el avance de la medicina científica. Ya pasó, felizmente, la época del desprecio por los estudios médicos y después la del desdén por los médicos mexicanos. Ya no hay burla, como en el siglo pasado, para los médicos salidos de la Universidad Pontificia ni hay ahora la desconfianza, como hace treinta años, para los médicos de casa. Hoy el país cree en ellos; sabe que son capaces de rendir el mismo trabajo y de alcanzar el mismo nivel que los de cualquier otro sitio; que todo es cuestión de apoyo y de estímulo y que cuando se les brindan ambas cosas, florecen en México los estudios y las investigaciones.

Esta Academia es la concreción de todos esos esfuerzos. Aquí convergen todos los movimientos de avance y de superación en la medicina, lo que explica su importancia indiscutida en el panorama nacional. La Academia representa los dos polos de nuestro avance: es tribuna para dar a conocer las investigaciones y es recinto para someterlas a crítica. El trabajo creador se realiza en otras partes, en los hospitales, en los laboratorios, en los institutos, pero se depura aquí. Y después de depurado, se difunde para beneficio universal.

Esto es lo que hace la Academia obra de meditación y crítica, obra de estímulo, obra de enseñanza. Su labor, por callada que parezca, se traduce de inmediato en la elevación del nivel científico de los médicos del país. Como la piedra tirada al estanque, cada avance que logra se extiende en círculos que cubren la masa entera de la profesión. Y es así como contribuye a mejorar, a elevar la preparación del cuerpo médico de México.

Esto explica, seguramente, el acto generoso del Instituto Mexicano del Seguro Social, al acogernos en su seno brindándonos este recinto, que había sido

construido *ad-hoc* para nuestras necesidades. No escapó a su penetración que, en el fondo, aunque independientes, somos fieles aliados de una misma causa: la de contribuir a la salud del pueblo mexicano. El Instituto, de un modo directo, en su actuación frente a cada enfermo. La Academia, de un modo trascendente, a través de los avances que logra en la medicina.

Cerramos así el ciclo de nuestros esfuerzos por obtener facilidades físicas que mejoren nuestro trabajo y den mayor difusión a nuestra labor, enclavados como estamos en el corazón del Centro Médico Nacional. A la Academia toca ahora seguir en su marcha progresiva, sin detenerse nunca, sin engreírse jamás, en constante proceso de renovación. Algo así como el espejo de la medicina misma, que cada día supera con verdades nuevas las verdades de ayer. Que la Academia sea respetuosa, sin duda de su misión de hoy, pero que sea leal, ante todo, al futuro de su disciplina.